No hay en el universo ni forma, ni color, ni reflejo, ni ritmo, ni matiz, ni transparencia que resista á su caprichosa voluntad. Los incendios mismos, cuando ella los sacude y los atiza con sus alas, se hacen humildes, y en vez de devorarla, lamen sus formas blancas, como rojos leones domados.

Pero por lo mismo que es una hada, su arte escapa á todo análisis. Uno ve, se asombra, y luego no conserva sino una visión trémula de milagros. ¿Poner en palabras esa visión? Muchos han querido hacerlo. Las grandes dificultades tientan á los grandes artistas. Pero desde Mallaimé hasta Angel de Estrada, en las páginas sobre Loie Fuller que la literatura contemporánea posee, apenas si se siente la palpitación de las inmensas alas blancas que se tiñen de colores y que se llenan de ritmos. Lo mejor, tal vez, para dar una idea aproximada de las invenciones de esta mágica prodigiosa, sería renunciar á todo esfuerzo verbal y contentarse con decir, como dicen los cuentos orientales: «Era una hada que disponía á su antojo del sol y que

llevaba siempre un arco iris en vez de velo.» Mas, aun así, algo quedaría inexplicado, y ese algo es lo que no corresponde á la luz, ni á los colores, ni á las líneas, un algo diabólico, que es el alma de las llamas que acarician el blanco cuerpo ondulante.

¡Ah! ¡Y si supierais cuántos tejedores se han vuelto locos buscando en los telares las combinaciones que esta hada encuentra en las luces eléctricas!

*
* *

El asunto preocupa.

— Si no se moderan un poco nuestras actrices jamás ganaremos lo que sus trajes nos cuestan — dicen los empresarios.

Pero las actrices exclaman:

— ¡Moderarnos! Al contrario. En la indumentaria está el éxito de una comedia. Para ser gran artista es preciso, ante todo, ser gran coqueta.

Algunas comediantas de fama, aprovechando la costumbre que hoy tienen los pe-

riódicos de publicar cartas de todo el mundo, han expresado en público sus opiniones sobre el asunto. Aquí tengo los recortes de algunos diarios recientes, con esas opiniones. Una actriz del Vaudeville, Mlle. Barklay, escribe lo siguiente:

«La importancia de la *toilette* en la composición de un papel es enorme. No hay más que reflexionar un instante para ver la importancia que la elegancia tiene. Yo calculo que un 30 por 100, por lo menos, del éxito de una actriz, está en sus trajes. Suponed á Rejane ó á Jeanne Granier vestidas en una tienda de ropa hecha, y comprenderéis lo que digo.»

Otra actriz dice:

«Si no tuviéramos el cuidado que todos nos reconocen para vestirnos, muchos teatros estarían vacíos. Yo conozco, en efecto, infinidad de mujeres que no van á ciertos coliseos sino para ver las *toilettes*. Fácil es notarlo, con sólo poner un poco de cuidado cuando en los pasillos se forman grupos parleros de damas. De la comedia dicen diez palabras,

que son siempre las mismas, y del autor, otras diez, que también son su *cliché*. Pero en cuanto se trata de los trajes, todas se entusiasman y hablan mucho y con mucha originalidad.»

Una tiple que no canta sino óperas románticas, escribe:

«En los teatros líricos tenemos que llevar trajes de todas las épocas y de todos los países. Esto es muy importante, y la suntuosidad es de rigor. Un escenario que se respete debe constituir un museo vivo de todos los esplendores suntuarios.»

No hay que discutir, pues. Las reinas de París declaran que, para conservar su poder, necesitan de sus trajes. Y si por eso se arruinan los empresarios, peor para ellos. La *mise en scène* necesita sus mártires, como todas las grandes causas. Mientras más directores se suiciden por no poder pagar ni á sus decoradores, ni á sus mueblistas, ni á sus modistas, más lujo pedirá el público.

***

Los actores mismos dan á la cuestión de indumentaria una importancia formidable. Acerquémonos á un grupo, no de mujeres, sino de hombres, una noche de estreno en el Teatro Francés, y oímos:

— ¿Qué os parece el atrevimiento de Le Bargy?

— Muy curioso...

— Admirable...

— Genial...

Y si después de oir preguntamos si se trata de alguna nueva manera de interpretar un papel del repertorio, nos contestarán, extrañando nuestra ignorancia:

— No, señor; de lo que se trata es de presentarse á ciertas horas vestido de frac... ¡Una cosa importantísima! Desde hace diez años ningún elegante se había atrevido á hacerlo. El Príncipe de Sagán no lo hizo nunca. Es una innovación. Es más aún: un manifiesto. El árbitro parece decir, apareciendo así trajeado ante el mundo, que el frac es una prenda por la cual se interesa de un modo preferente, y que está dispuesto á apropiarse

su imperio, con objeto de modificarlo, tal vez de transformarlo. No hay más que ver su actitud. Diríase que desafía al dandismo clásico.

Ya lo veis. Lo que preocupa en Mr. Le Bargy no es el artista, ó mejor dicho, no es el artista teatral, sino el artista en elegancias. Sus pantalones toman proporciones épicas; sus corbatas nuevas hacen más ruido que los discursos de Jaurés; sus ideas sobre los sombreros, en fin, impresionan hoy á Europa entera. Los periódicos le han intervievado con objeto de conocerlas de un modo exacto.

— Se hace actualmente — le ha dicho un reporter — una violentísima campaña contra el sombrero de copa. El Rey Eduardo lleva, aun para visitar Exposiciones, un hongo.

Mr. Le Bargy ha sonreído. Luego, con la suavidad fría de un confesor, ha preguntado:

— ¿Y qué más?

— Que necesitamos conocer la opinión de quien á justo título puede llamarse el árbitro de las elegancias.

—Está bien... Tome usted asiento... El sombrero puede parecer antiestético é incómodo. Eso nada tiene que ver con la elegancia. Una cosa es saber vestir y otra llevar prendas bellas. Un albornoz, por ejemplo, será siempre más hermoso que una levita, y no por eso se le ocurre á nadie hacer en favor del albornoz una cruzada. Ahora, los que guerrean contra el *chapeau de soie*, pretenden reemplazarlo por el *chapeau mou*. Es una tontería. El sombrero de fieltro flexible, algo mosquetero y algo mejicano, se presta muy bien á la indumentaria de los que gesticulan ampliamente. Pero para los que cultivan la elegancia moderna, seca, fría, estricta, sin ademanes ni grandes curvas, el sombrero de copa es de rigor. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á sostenerlo.

—En ese caso — concluye el reporter despidiéndose —, es seguro que seguiremos llevándolo.

Y es inútil ver ironía en esta frase. Si los árbitros llevan chistera, todos llevaremos chistera. La llevaremos con más ó menos

disgusto, pero la llevaremos. La moda no acepta independencias ni rebeldías. Así vemos que los hombres que no piden el Poder sino para cambiar todo lo que existe, siguen llevando las levitas de la burguesía, los sombreros de la aristocracia, los chalecos de la reacción y los abrigos del obscurantismo...

Hugues le Roux cuenta que en Abisinia, un personaje de la corte de Menelico le dijo un día viéndole una hermosa corbata roja:

—Eso es digno de Le Bargy.

Esto nos hace ver la importancia que el mundo entero da á la elegancia de los hombres. Pero los hombres no me interesan por ahora. De lo que trato es de la moda femenina, que ha hecho de los teatros lugares deliciosos, en los cuales el arte literario tiene menos adoradores que el arte de la costura, y en donde Rostand ha sido vencido por Paquín.

***

Hace poco tiempo, en un proceso intentado á una actriz que no quería llevar un traje especial, un magistrado la preguntó:

—¿Por qué se niega usted á ponerse ese lindo vestido?

La actriz respondió:

—Yo soy una artista, y no una comparsa. Si lo que se necesita es una muñeca rubia, no hay necesidad de una persona que tiene talento y que ha estudiado. En el Conservatorio me enseñaron á recitar y no á disfrazarme.

—¡Hicieron muy mal, señorita!—contestóle el juez.

Y, en efecto, si los que reciben la misión oficial de formar artistas para los teatros tuvieran una idea justa de lo que mayor interés despierta hoy, consagrarían más tiempo á la indumentaria que á la dicción. «Saber hablar es bueno —dice alguien—; pero saber vestirse es mejor.» El público perdona que las innumerables estrellas de los coliseos parisienses cometan todas las faltas artísticas que quieran, con tal que se vistan bien, que sean elegantes, que sean suntuosas. No hay más que ver la importancia que tenía un dibujante que acaba de morir, para convencerse de ello. Los programas decían: *Drama en tres actos de Donnay, con trajes de Bianchini*, ó *Zarzuela de Ludovic-Halevy, con trajes de Bianchini y música de Audrán.* Porque los trapos pasan antes que las notas.

***

Pero la elegancia femenina no está toda en el traje y aún hay mujeres que creen que las joyas, los adornos, los sombreros, tienen más importancia que las faldas y los corpiños. Justamente en un artículo destinado á enseñar á la mujer moderna «un poco de gracia armoniosa», cierto filósofo predica la necesidad de una exposición perpetua de joyas.

— ¡Cómo! — os oigo ya exclamar —; ¿necesitamos acaso tales enseñanzas?

— ¡Sí que las necesitáis! — os responde un maestro de filosofía plástica, el ilustre Josephin Peladán.

Luego, sin temor de disgustaros, os explica por qué las necesitáis.

34398
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Las necesitáis — os dice —, porque en el vértigo de la vida nueva, estáis á punto de perder algo el sentido de la gracia exterior. Para pasearos por las calles os ponéis trajes que son imitaciones de los horribles vestidos masculinos, y para sentir el placer que más os enloquece hoy, el placer del *sport* á la moda, el vértigo del automovilismo, os envolvéis en trapos caricaturescos. La higiene misma os mata estéticamente, pues la higiene es la mayor enemiga de la belleza. El aire del mar fornifica y afea, como el movimiento da energía y suprime perfección. Tratad, ahora que aún hay tiempo, de detener la decadencia de vuestro encanto. Mañana será demasiado tarde.

Y si sonrierais con ironía incrédula, el grave Peladán os contaría una historia edificante: la historia del hombre. Según los testimonios visibles de los museos, en efecto, el hombre fué antaño más suntuoso que la mujer. En Europa, en nuestros días, un caballero gasta menos que una dama en trajearse. Lo contrario pasaba en el mundo entero

en siglos anteriores. «Desde los señores del boscaje del *Triunfo de la muerte*, de Benozzo — dice un crítico —, hasta las últimas obras pictóricas de Bolonia, todos los cuadros prueban que los hombres se vestían y se adornaban mejor que las mujeres. Comparad los trajes de los miñones del Rey Enrique, los de los mosqueteros del Cardenal Richelieu y los de ciertos Marqueses de Molière, con los de las mujeres de iguales épocas, y veréis cuán más bellos son.» Pero vino la Revolución y con ella la igualdad de clases: el atavío masculino decayó. Hoy un hombre que lleva, como las llevaba Jean Lorrain, seis ú ocho sortijas, ó que se cubre el chaleco de terciopelo de cadenas y de «pendoloques» lucientes cual lo hace Ernest Lajeunesse, espanta al pueblo y despierta la ironía de las clases superiores. La ley es estricta y hasta ha sido escrita. Hela aquí.

«Se tolera en el atavío masculino:

»1.° El alfiler de corbata.

»2.° El anillo de boda.

»3.° La cadena de reloj.

»Pero ninguna otra prenda puede llevarse, »y éstas que se llevan han de ser discretas y »no de gran precio.»

Nada, en efecto, debe brillar en el tocado nuestro; nada debe llamar la atención. Los mismos botones en las pecheras blancas, tienen que ser muy modestos. Entre las gemas sólo la perla nos está permitida. Los diamantes son cismáticos y las piedras de color heréticas.

El día en que pase lo propio á la mujer y en que la humanidad comience á encontrar absurda su suntuosidad, la decadencia del atavío femenino habrá llegado á ese punto que los franceses llaman el *tournant dangereux*. Porque la esencia misma de las modas es no parecer nunca ridículas, aun siéndolo, é imponerse, á pesar de sus incomodidades, de sus violencias, de sus excentricidades. Hasta los más partidarios de la armonía invariable é inviolable proclaman la libertad arbitraria de la *parure*.

«La desproporción ornamental que arruina toda obra de arte — dice el autor del

Arte mistico — exalta, por el contrario, la gracia femenina y cada moda tiene su base en la exageración de una dimensión.» No hay más que hojear un álbum de esos que se llaman *La «toilette» al través de los siglos* ó *Las elegancias desde la antigüedad hasta nuestros dias*, para notarlo. Cada página es una sorpresa. Después de las más absolutas líneas rectas, se cae en los círculos más completos. Las crinolinas, que pintadas nos hacen reir, fueron, en la realidad de su triunfo, una de las más tiránicas y deliciosas modas.

Si Peladán y otros temen el triunfo del feminismo y de la americanización, si ven con miradas pesimistas el porvenir de la suntuosidad, es porque los trajes *tailleurs*, con sus cuellos almidonados y los sombreritos de paja que apenas tienen un velo como adorno, nos llenan á todos de espanto; obligándonos á asegurar que si la higiene y el *sport* continúan haciendo estragos, dentro de unos cuantos lustros el mal de la inelegancia no tendrá cura posible.

***

Por fortuna, en nuestra época aún no existe la enfermedad, y si existiera, un remedio bastaría para curarla. Ese remedio es el amor por las joyas, por las pedrerías, por los adornos suntuosos, por los ricos paramentos. Los antiguos atribuían á las piedras y á los metales, virtudes é influencias infinitas. Cada gema hacía sanar de algún dolor, protegía contra algún maleficio, daba alguna virtud. El zafiro era piedra de pureza; la amatista, de sobriedad; el rubí, de valor. Los que llevaban una joya de cierta forma, querían sanar de males ocultos. Los anillos-serpientes ahuyentaban á los enemigos. Para hacerse amar era necesario ponerse cadenas de oro con adornos de flores de loto. Hoy, sin dejar de creer en todo aquello que, al fin y al cabo, no es ni más ni menos probable que cualquier otra creencia más ó menos científica ó más ó menos absurda, tenemos obligación de aumentar nuestra adoración por las pedrerías, puesto que, unidas en haces luminosos, van á hacer el milagro urgente de conservar á la arcilla femenina, á pesar del *sport* y de

la higiene, de la democracia y de la igualdad intelectual de los sexos, su gracia, su prestigio y su esplendor.

La salvación de la belleza por el adorno, es, en teoría, una invención reciente. Pero en éste, como en otros casos, antes de que los doctores en estética proclamaran la necesidad de cubrirse de suntuosidades, ya las mujeres lo hacían. No hay más que asistir á una función de gala en cualquier teatro parisiense para notarlo. Las mismas damas que por la mañana corren en automóviles vertiginosos por caminos polvorientos, y ocultan con espejuelos negros sus ojos y encierran sus cuerpos en informes sacos de cuero, ostentan por la noche los más espléndidos atavíos. Los diamantes se complacen en esparcir sus fuegos irisados sobre los atrevidos descotes, y entre las cabelleras arregladas con un arte singular, los rubíes y los zafiros rivalizan en resplandores. Joyeles que antaño ninguna dama hubiera osado encargar para sí misma á los maestros orfebres, y que sólo se compraban para embellecer á las ma-

donas milagrosas de las capillas nobles, lucen en las frentes, en los pechos ó en los brazos de nuestras contemporáneas. El hombre del siglo XVIII que saliera de su tumba para contemplar una vidriera de Lalique en una de las exposiciones de bellas artes, no podría menos de preguntar á qué uso están destinados tan extraordinarios adornos. Esos *pendentifs* de oro verde con inmensos cabochones de amatista que se esconden como frutas entre hojas y ramas; esos racimos de gemas antes desdeñadas por baratas; esas cabezas de gorgonas, en que las serpientes se enroscan por centenares entrelazando sus escamas de mil colores; esos broches de esmaltes, con formas de escudos; esas peinetas que son como zarzas de metales preciosos; lo más usual y lo más necesario á la *toilette* femenina; en fin, lo que ayer era un objeto apenas *estilizado* y casi invisible, proclama hoy, en proporciones enormes, la belleza atrevida del arte nuevo. Ultimamente, en una fiesta oficial, una embajadora se presentó llevando en el tocado una serpiente, cuya ca-

beza se erguía hierática sobre su frente, y cuyo cuerpo, de esmeraldas y de zafiros, le hacía una triple corona. Todos recordábamos haber visto aquella suntuosa *coiffure* en otra parte, en algún cortejo imperial, en un ensueño tal vez. Al día siguiente encontramos en una crónica del festejo la explicación de nuestro recuerdo, leyendo que la magnífica joya de la embajadora era una de las tiaras ideadas por un orfebre poeta para la emperatriz Teodora en la obra de Sardou. Y este caso de soberbio atrevimiento no es único. Cada día la mujer se adorna más, como para hacerse perdonar los momentos en que Peladán la sorprende en trapos de automovilista, recorriendo carreteras áridas ó paseándose por las calles con su trajecillo hombruno y su camisa almidonada. Mujeres hay, en efecto, que, no contentas con llevar los collares, las arracadas, los brazaletes y las sortijas siempre en uso, hacen revivir en sus propios cuerpos las joyas antiguas y llevan en los tobillos, como bailadoras árabes, ajorcas sonoras. Nunca se han visto más jo-

yas que hoy, y nunca las joyas han tenido tanta importancia.

***

Tanta importancia tienen las magnificencias suntuarias, que á veces vemos á actrices sin arte verdadero y sin verdadera belleza, destronar á las reinas de teatro sólo porque llevan un manto cubierto de perlas, como el de la Virgen de Toledo, ó una falda bordada de flores mágicas, como el de la Primavera de Florencia. El ejemplo de Luisa Fagette y de su corpiño maravilloso está aún presente para probárnoslo.

¿No conocéis á esta mujer?

En los periódicos y en los *magazines* la vemos de mil maneras; «á los catorce años», modestamente vestida, apoyándose en el respaldo de una alta butaca gótica; «á los diez y ocho años», ya comedianta, comedianta obscura, con el pelo destrenzado, vestida de guerrero niebelunguense; «á la edad actual», la edad misteriosa, la edad del esplendor supre-

mo, escondiendo su cuerpo de estatuíta de Tanagra entre pesados y suntuosos mantos de armiño. Una ilustración se enorgullece, en fin, de ser *la única* que ha publicado el retrato de la reina «á los seis años de edad».

¿Es muy linda? ¿Tiene mucho talento?

No. No tiene mucho talento. Tiene un poquito. Canta algo. Recita algo. Dice, moviendo armoniosamente los brazos y guiñando con arte los ojos, la eterna romanza del eterno amor pasajero.

Es la diveta de café concierto. No vale más que Violeta, la de enfrente. No vale menos que Ninón, la de al lado.

Aseguran que á la edad en que las demás chiquillas juegan con su muñeca, ésta, ya coquetuela y ambiciosa, cantaba en un concierto de Marsella coplas escabrosas. De Marsella fué llevada á Bruselas, apenas adolescente, y antes de cumplir la edad de mujer ya había enseñado su palmito picaresco en todas las capitales europeas (sin excepción de Madrid, naturalmente). Sólo en París no la habían aplaudido aún. Es decir, como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

aplaudirla, sí; la había aplaudido en la Cigale, en la Gaité Rochechouart, en cafés conciertos de tercer orden, en fin. Pero eso no es París, ni es el Boulevard, ni es la Estrella.

Su más entusiasta panegirista no se atreve á decir *de la artista* sino lo que sigue: «Es á la par discípula de Celine Chaumont y de Dupac; pero, más que todo, es discípula de su propia inspiración.» Poco, ¿verdad?

«En cambio, todos dicen «la bonita Fagette». Lo dicen los carteles, lo dicen los periódicos, lo dice la gente, lo dice ella misma. Es la *bonita* por antonomasia, como la Otero fué la Bella. Es la Bonita con mayúscula. ¡Fagette la Bonita!

Y, realmente, lo es.

No es perfecta, ni siquiera es linda. Es *jolie*. Tiene, en los labios de carmín, una sonrisa que cautiva, y en los ojos obscuros una mirada que acaricia. Sus dientes lucen, desde lejos, con más luz que sus perlas. Su cabellera negra, rizada sobre la blancura de las sienes, su cabellera vaporosa, abundante, sedeña, es, quizás, su mejor adorno.

Pero, no. Su mejor adorno es el no sé qué tan antiguo, tan variado, tan parisiense, tan diabólico, tan atrayente y tan inexplicable. Miradla, y os gustará. Examinadla, y casi casi os parecerá fea. Porque su nariz es demasiado pequeña y su boca demasiado grande; porque sus ojos no son inmensos é impecables en el corte; porque el óvalo de su rostro es, á causa de la dureza de mandíbula superior, algo imperfecto... Mas ¿qué importa todo esto? Por encima de la corrección está el encanto inexplicable é invencible.

Su cuerpo frágil, esbelto, serpentino, tampoco es olímpico. Pero es agradable.

¿Entonces?...

Oid la descripción de su traje:

La falda es de seda clara, cubierta de grandes flores en relieve. El corpiño es un «bolero» de mallas de plata y oro, estilo Luis XV. Se abrocha en el hombro izquierdo con un broche de diamantes. En el principio del descote hay una esmeralda inmensa, y en cada seno, otra. Algo más arriba resplandece una fila de diamantes, rubíes y zafiros, mezclados.

Las tres puntas que rematan por delante el «bolero» son tres inmensas perlas. Por detrás, al final del descote, un lazo de diamantes simula un broche.

El precio de este corpiño es de millón y medio de francos.

***

Linda adolescente que me lees, desde aquí te oigo murmurar:

— Las joyas cuestan caras... ¿Cómo hacen las actrices para procurárselas, puesto que el teatro apenas produce..?

Es cierto, linda adolescente: el problema resulta grave. La mujer elegante necesita joyas, muchas joyas, y las joyas cuestan muchos millares, á veces muchos millones. Pero hay un medio para procurárselas — un medio que no te aconsejo, lectora mía —, un medio que apenas me atrevo á indicarte. En París, sobre todo, que es el Bagdad de las modernas mil y una noches suntuosas y escabrosas, en París, sobre todo, se espanta

uno de ver lo que una mujer joven y bonita, cuando no es ni extremadamente *folle*, ni extremadamente *sage*, puede ganar en unos cuantos años de teatro y de amor. ¡Un millón de francos de pedrerías y un millón de títulos de renta! ¡Ah! ¡Y nada falso, ni siquiera una obligación de deuda turca, ni el más diminuto topacio de Honduras!.. Todo es sólido en esta caja de hierro: «tres por cientos» franceses, «consolidados» ingleses, «ferrocarriles», deudas municipales—el total con sus cupones cortados al día—. En cuanto á las joyas, diamantes... diamantes, que fueron antes... diamantes blancos, negros, dorados y amarillos, diamantes gordos cual avellanas, para hacerlos temblar, suspendidos de los morenos lóbulos de las orejas; diamantes caprichosos, en forma de pera, en forma de caracol, en forma de columna; diminutos diamantes apiñados en superficies de oro verde, simulando granadas ó mazorcas de maíz, diamantes redondos, sin montura, ensartados en un simple hilo, como perlas falsas, cruces de diamantes, cintillos, y collares y

broches, muchos broches, broches *art nouveau*, en los cuales las más extrañas mariposas extienden anchas alas; todo lo que se puede hacer con los diamantes, en fin. Y luego, como por añadidura, algunas otras piedras, pero siempre seguras, de esas que no pierden su valor al caprichoso giro de la moda; «piedras de madre de familia», como dice Gip; zafiros profundos, divinos de misterio y de atracción; rubíes como gotas de sangre caídas de labios rojos; y perlas, perlas soberbias, escogidas con cuidado y arregladas con amor; perlas que deben haber dado á la que las llevó en vida un aspecto oriental de sultana milyunanochesca.

Porque la que deja todo esto fué una morena de ojos de fuego que se llamó Wanda de Boncza — de la Comedia Francesa — y también de la comedia, de la tragicomedia parisiense, de la gran mascarada amorosa del bulevar...

¡Wanda de Boncza!

Yo la conocí, hace diez años, en el barrio Latino, donde un amigo de Moreas le daba

lecciones de *savoir vivre* y cartas de recomendación para los «queridos maestros». ¡Wanda de Boncza y sus inmensos ojos de prematuro luto!.. Era natural que muriera joven... Pero no era lógico que dejase, como un hombre de negocios, dos millones en una caja de hierro...

***

Otra bella parisiense, que hace años fué un modelo de todas las modas, acaba de vender, como los herederos Wanda de Boncza, un tesoro de joyas, de encajes, de sederías. Y ésta no era ni siquiera una actriz. Era una cortesana de alto rango, una de esas cortesanas ante las cuales los ministros y los obispos se inclinan; una cortesana de las que hacen revivir en nuestra prosa activa algo de la poesía, del lujo y de la voluptuosidad de épocas mejores. Yo la vi un día en un banquete literario. Las damas aristocráticas disputábanse el placer algo perverso de sentarse cerca de ella. Su belleza teatral, real-